ANTES DE 14 Y DESPUÉS DE 89

*Julián Meza**

Fue una bella época la de antes de 1914. Nada parecía amenazar con la ruina a un mundo enfermo que se imaginaba rebosante de salud. El caso Dreyfus, que anunciaba peores días de intolerancia, fue el acta de bautismo de los intelectuales franceses que, capitaneados por Zola, se rebelaron contra la infamia antisemita, pero no supieron leer, sin embargo, los signos de los tiempos, dado que sólo una década más tarde esa peculiar manifestación del odio racial se convertiría en mero episodio frente a la magnitud del holocausto. En esa misma época la intelectualidad austriaca se preparaba para celebrar, ya al borde del abismo, el octogésimo cuarto aniversario del emperador Francisco José. La *intelligentsia* rusa no se mostró superior ni a sus pares europeos ni al pitoniso del momento, Rasputín, puesto que fue incapaz de imaginar la tragedia que cocinaba Lenin en los cafés de Zurich y Stalin en la lejana Georgia. Herméticamente encerrados dentro de la religión positivista (que en Europa ya era historia) y protegidos por el paternalismo porfirista, los científicos no advirtieron la proximidad del torbellino que iba a derribar tanto el despotismo del patriarca como el endeble edificio intelectual hecho de tristes remedos, sucesivamente refrendados a lo largo del siglo XX por los nacionalistas revolucionarios inspirados en el corporativismo de Mussolini y en el partido único de la Unión Soviética, los marxistas de diversas obediencias y, finalmente, los aprendices de neoclásicos.

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

JULIÁN MEZA

La tragedia provocada por la Gran Guerra y las diversas revoluciones alimentadas con rencores sociales y venganzas políticas acabó con esos sueños de opio. La nadería que imperaba en aquellas sociedades sólo podía hallar su solución de continuidad en el horror.

8 El resultado de ese horror fue el nacimiento de dos mundos enemigos, pero no irreconciliables, dado que sus víctimas fueron a menudo las mismas: minorías étnicas (gitanos, judíos, tártaros de Crimea, georgianas, catalanes, bosnios, negros, yaquis de Sonora...), iglesias, rivales políticos, campesinos, artesanos, obreros, no pocos industriales y financieros, algunos aristócratas y numerosos correligionarios de los triunfadores. El soviétismo instauró en el Este el primer totalitarismo moderno con sus estatalizaciones, su modernización acelerada, sus colectivizaciones forzosas, sus campos de concentración, sus deportaciones masivas, sus exilios (interiores y exteriores), sus asesinatos políticos selectivos y sus genocidios. La contraparte de la tragedia oriental se produjo poco después en Occidente: Benito Mussolini hizo el trabajo sucio en Italia, Francisco Franco en España, Antonio de Oliveira Salazar en Portugal y Adolph Hitler multiplicó el horror en Alemania y en gran parte de Europa. La farsa trágica fue estelarizada en México por los sonorenses y sus sucesores y, más tarde, en Argentina por Perón y en Brasil por Vargas. El recuento de la tragedia en víctimas humanas es, sin lugar a dudas, imposible.

Tras la Gran Guerra, el epicentro de la primera globalización de la miseria se localizó en Wall Street, en 1929. La especulación financiera arrojó por la ventana a algunos esforzados especuladores y se ensañó con los blancos pobres y los negros pobríssimos en Norteamérica. A partir de esa sacudida financiera y monetaria se defenestraron en casi todo el planeta: buena parte de la naciente clase media, numerosos obreros, no pocos agricultores y algunos incautos.

Pocos años después, pese a los signos evidentes del nuevo horror que se anunciaba, el planeta y sus intelectuales no advirtieron la inminencia de la Segunda Guerra Mundial y de sus renovadas monstruosidades: despojos, persecuciones, nuevas matanzas (selectivas e indiscriminadas), campos de exterminio, cámaras de gas, hornos crematorios, un

ANTES DE 14 Y DESPUÉS DE 89

par de bombas atómicas y el advenimiento de un mundo polarizado, cuya historia no es precisamente edificante.

Mientras en el Este (incluida buena parte de Asia, pues la China continental no es precisamente un islote), en Europa Central y, poco más tarde, en otras regiones de Asia, de América Latina y de África, dictadores, burócratas y policías convirtieron en fantasmas o cadáveres a incontables personas, en Europa occidental y en Norteamérica las cosas parecían ir cada vez mejor. De 1947 a 1972 los obreros se portaban bien (= obrereaban), los capitales engordaban y las clases medias florecían. Fue la época del milagro japonés, alemán, italiano y aun mexicano. Fue, sobre todo, la edad de oro de las clases medias, que parecían refutar flagrantemente las predicciones del profeta moro de Renania, Karl Marx. Pero fue, también, la época del sindicalismo europeo que defendió legítimamente y con valor a sus agremiados, como lo había hecho, con éxito, desde la segunda mitad del siglo XIX.

Hacia mediados de aquella época los soviéticos utilizaban los escaparates comunistas contruidos por sus epígonos y sus compañeros de viaje en diversos puntos del planeta (en Cuba, por ejemplo), para mostrarle a los pobres del llamado Tercer Mundo los supuestos beneficios de su régimen. Ya antes, preocupado por el canto de las sirenas comunistas, el gobierno norteamericano instauró el maccarthysmo o la persecución sistemática de sus intelectuales, artistas y científicos, pero procuró no abusar excesivamente de sus obreros y mimó, hasta donde se lo permitieron sus intereses, a esas clases medias que parecían refutar al visionario renano, hoy reactualizado por el empobrecimiento de las clases medias y la polarización de las clases sociales.

Con la caída del muro de Berlín y, poco después, el derrumbe del bloque soviético, el planeta cambió. Para los inocentes, los perversos o los supuestos optimistas (como Fukuyama), ese trastocamiento abría el camino al mejor de los mundos posibles, que en realidad no es sino una nueva utopía (o una nueva mentira): el fin de la historia, que en teoría anuncia el reino de la globalización económica, que a largo plazo (tal vez dentro de mil años) beneficiará a todos. Fukuyama y los suyos creyeron que a partir de ese momento era posible instalar, sin

JULIÁN MEZA

mayores dificultades, el libre mercado a la escala del planeta, e imponer el éxito económico y el prestigio social como únicos valores, fundados en: talentos, que a ellos nunca les han parecido sospechosos; aptitudes, que no consideran dudosas; saberes que, a fin de cuentas, no son sino parcelas de la información y del conocimiento (fundado sobre todo en dogmas e imposturas); productividades económicas ancladas en hipotéticas proyecciones; la supuesta eliminación del desempleo; el crecimiento y el desarrollo al margen de una justa distribución de la riqueza; la excelencia académica, obligada a sacrificar la reflexión, la imaginación y el sentido común a la amañada información cuantitativa y a las arbitrarias normas del supuesto orden internacional; y, finalmente, el óptimo desempeño de individuos normalizados, regularizados y homogeneizados que, por fortuna, no son la totalidad ni en Rusia, ni en México, ni aun en Europa y en los Estados Unidos.

En cambio, para los realistas, (que eran apenas unos cuantos, y que no se deben confundir con los escépticos), los vientos que ya soplaban por entonces eran otros, y de ninguna manera alentadores.

10

Sin el mecanismo de contención del totalitarismo soviético (que nadie en su sano juicio podría desear que se reinstalase), organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), mafias como las rusas, narcotraficantes, gobiernos y toda suerte de especuladores dieron rienda suelta a sus apetitos y aun a su desenfreno en el Este y en el Oeste, en el Norte y en el Sur del planeta. El resultado de esa voracidad es poco menos que desastroso y augura tiempos peores que, una vez más, casi nadie quiere ver, al igual que ocurrió antes de 14, antes de 29 y antes de 39. A partir de 1989 nace una informe monstruosidad que hoy impera en el planeta y que recuerda la bella época de antes de 14, ¡tan plácida para unos cuantos inconscientes!

Pese a la farsa encabezada por el gobierno de Norteamérica (que a fin de cuentas sólo certifica sus propias miserias al descertificar a sus socios menores, dado que diez millones de drogadictos —si le creemos a estadísticas siempre dudosas—, millones de desempleados, pobres blancos y negros paupérrimos, emigrantes violentamente despojados de

ANTES DE 14 Y DESPUÉS DE 89

sus derechos y aun asesinados, terrorismo y corrupción, y hasta pretensiones separatistas, como ocurre en el caso de Texas, no son producto de una amenaza exterior —como la que supuestamente representa Iraq—, que no existe, porque para que un imperio sea tomado por asalto desde afuera es preciso que, antes, se debilite en su interior, como ocurrió en el caso de Roma, España, Inglaterra y muchos otros imperios), y mimetizada por muchos otros gobiernos (en donde ahora los actores de reparto ya no son la Thatcher —que convirtió Escocia en el laboratorio de su política neoclásica con el impuesto *poll tax*, una política sanitaria de doble rasero y el desmantelamiento de las minas de carbón— o Reagan, sino Fujimori, Zedillo y Menem, entre muchos otros), es evidente que los nuevos poderes, encabezados por el FMI del señor Michael Camdessus y el BM del señor James Wolfensohn y de su economista en jefe John Stiglitz, o por los narcotraficantes, las mafias y los políticos corruptos, se han convertido en amos y señores del planeta, gracias, entre otras cosas, a las complicidades de funcionarios públicos y privados, cuyos crímenes no se pueden demostrar en un mundo en donde sólo en apariencia la información está al alcance de todos, puesto que en realidad las modernas sociedades del crimen son auténticas sociedades secretas, cuyo hermetismo supera con mucho el de la masonería y el de los conspiradores políticos de otros tiempos.

Sin embargo, aquí no acaba la farsa. Funcionarios internacionales y mafiosos comparten su señorío con el capital financiero, bursátil y bancario, que no conoce dioses, leyes ni fronteras, y fácilmente se instala en el pantano de las inversiones fraudulentas, el lavado de dinero y la especulación —signos característicos de nuestro tiempo.

Uno de los principales resultados de este despotismo deslustrado por su prepotencia y su ceguera ha sido la producción acelerada del desempleo, diabólicamente ideado por Margaret Thatcher, profusamente impulsado por Ronald Reagan, Pinochet, algunos neosátrapas asiáticos, el BM, el FMI y centenares de sus socios, que han proliferado como la mala yerba en los páramos urbanos y rurales creados por ellos mismos, tanto en Occidente como Oriente, y sobre todo en sus periferias. Todavía hoy hay gente que cree que la Dama de Hierro es una

JULIÁN MEZA

heroína de los tiempos modernos, obviamente sin prestar atención a los devastadores efectos sociales que produjo la política económica de ese subproducto de la reina Victoria, vitoreada por los providas y otros enfermizos prohombres durante su largo reinado.

Pero lo peor de todo no es que Margaret Thatcher haya ideado y Reagan intensificado con rapidez el desempleo, sino las terribles secuelas de esta monstruosidad, jamás consignadas en mañosas estadísticas que tienden a minimizarlo, y en las cuales las amas de casa, la servidumbre doméstica que no cobra el salario mínimo y carece de seguridad social, los niños de la calle, las personas empleadas una hora al mes o a la semana y los médicos, abogados y doctores en sociología que venden *pays* o seguros para automóviles y limpiaparabrisas o paraguas en los semáforos, o se desempeñan como ambulantes en ese Cairo del siglo XXI en que ya se ha convertido una ciudad como la de México, aparecen como empleados —informales, parciales, irregulares, virtuales o isomorfos, me imagino— aunque probablemente me equivoco porque, (para mi fortuna), nunca estudié en una universidad norteamericana, en donde me habrían sido inculcados sus valores ideales (ejercicios matinales para perder treinta y siete kilos de sobrepeso, leche con una docena de compuestos vitamínicos para el desayuno, imperio de la ley de la selva en la oficina durante la mañana, hamburguesas con papas a la francesa y mucha lechuga a la hora del *lunch*, más imperio de la ley de la selva en la oficina por la tarde, himno nacional entonado a ritmo de *hot-dogs* y cerveza *light* en el estadio, *pizzas* para la cena y, para concluir la jornada, media docena de martinis o más cervezas *lights* y mucha televisión con reiteradas imágenes de coches chocados, tetonas rubias artificiales, violaciones al por mayor, crímenes en serie, narcotraficantes, policías corruptos, militares enloquecidos, políticos prepotentes, balaceras a un ritmo de dos mil disparos por segundo y decenas de cadáveres) y la creencia en el eterno e indiscutible liderazgo planetario del pragmatismo anglosajón, que compra petróleo con monedas de cobre, o con esas modernas baratijas denominadas Ph D o doctor en recetas para elaborar hamburguesas de plástico. Hace poco uno de mis alumnos me dio una copia de un artículo

ANTES DE 14 Y DESPUÉS DE 89

del historiador José María Muría, publicado en el periódico *Reforma*, en donde cita y comenta el fragmento de un artículo de Robert Lansing, Secretario de Estado del presidente Wilson, publicado en 1924. Reproduzco la cita:

México es un país extraordinariamente fácil de dominar, porque basta con controlar a un solo hombre: el presidente. Tenemos que abandonar la idea de poner en la presidencia mexicana a un ciudadano americano, ya que eso llevaría otra vez a la guerra. La solución necesita de más tiempo: debemos abrirle a los jóvenes mexicanos ambiciosos las puertas de nuestras universidades y hacer el esfuerzo de educarlos en el modo de vida americano, en nuestros valores y en el respeto al liderazgo de Estados Unidos. México necesitará administradores competentes. Con el tiempo esos jóvenes llegarán a ocupar cargos importantes y eventualmente se adueñarán de la presidencia. Sin necesidad de que Estados Unidos gaste un centavo o dispare un tiro, harán lo que queremos. Y lo harán mejor y más radicalmente que nosotros.

13

Debido a su falta de competitividad (que no depende de sus obreros, sino de la pobre inteligencia y de la ausencia de imaginación de sus administradores y de sus técnicos) en el mercado europeo, la empresa Renault cierra su fábrica en la ciudad de Vilvoorde, Bélgica. El resultado es el despido de 3,200 asalariados en un pueblo de 12,000 habitantes. El corolario es el fin de una era, que recuerda insidiosamente el final del siglo XVIII en Inglaterra y Francia, o del siglo XIX en esos dos países y en el resto de Europa, cuando numerosos caseríos y pueblos quedaron prácticamente abandonados. A falta de empleo, la ciudad de Vilvoorde se clausura. Ningún productor, comerciante o prestador de servicios puede sobrevivir en un pueblo de desempleados, que no son capaces de autoemplearse porque no hay nadie que pague su trabajo o sus servicios. Los hechos son, a fin de cuentas, muy claros: de doce mil personas empleadas sólo quedan doce mil personas

JULIÁN MEZA

desempleadas. Es obvio que algunas de esas personas se podrán autoemplear en algún otro lugar, pero la inmensa mayoría accederá a la eterna condición de desempleada, como ya ocurría a finales del siglo XVIII o XIX, y desde este punto de vista es difícil pensar que las características de la sociedad actual difieran de las de sus precursoras en sus peores desatinos.

En el pasado el sindicalismo y el fantasma del comunismo salvaron, paradójicamente, a mucha gente del desempleo. ¿Qué la puede salvar ahora del mismo mal? Sin lugar a dudas, ni el extinto Fidel Velázquez —símbolo secular de la ignominia— ni Rodríguez Alcaine, ni Hernández Juárez —que nunca salvaron a nadie— ni todos sus homólogos del planeta, ni menos aún los que añoran a Stalin, a sus socios y a sus compañeros de viaje, como ocurre en algunas regiones de Europa central y del Este, y en no pocas de América Latina, como México, en donde beatíficamente los románticos de vieja cepa hipotecan su porvenir a un personaje tan siniestro como ese subcomandante Marcos que se propone redimir a *sus* tártaros de Chiapas.

14

Frente a la perversión globalizada sólo queda la *parresia*. Es decir, sólo queda decir la verdad ante todo y pese a todo, independientemente de sus consecuencias, pues de frente a la calculada perspectiva que traza hoy la constante e incrementada creación del desempleo: miseria, inseguridad, delincuencia o suicidio, no existe otra forma de sobrevivencia que esa expresión indiscutible de la transparencia que remite, sin lugar a dudas, a la narrativa, a la poesía y al ensayo o, en otras palabras, a la imaginación, a la creatividad, a la reflexión y a la crítica, practicadas por Shakespeare, Cervantes, Montaigne y sus predecesores latinos y, más remotamente, griegos, y que ahora sólo parece interesar a unos cuantos, que son cada vez menos porque, como advirtió Paul Celan, en el mundo moderno el desierto crece y la diversidad decrece. O, en otras palabras, como diría Flaubert, la imbecilidad es la cosa más compartida del mundo

Vivimos en un universo construido por y para la mentira utilitaria (en donde la verdad no sólo es inútil, sino, peor aún, constituye un estorbo), que postula el éxito económico y el reconocimiento para los

ANTES DE 14 Y DESPUÉS DE 89

más capaces, para los más aptos o, mejor, para los herederos del darwinismo social del siglo XIX, cuya superioridad está fundada en la ley del más fuerte, que no es el mejor ni el más sabio, y cuya acción ahora ensombrece el espacio en donde se vive, o se sobrevive.

Así, la única posibilidad de vida o de sobrevivencia es, por lo tanto, decir siempre la verdad. Pero, ¡cuidado!, se trata de decir la verdad a los engañados y no a los que mienten, dado que éstos no sólo dicen mentiras, sino que con regularidad creen en ellas y, además, no escuchan, pues parapetados tras su prepotencia o su ceguera están dogmáticamente convencidos de que realmente han impuesto al mundo un modelo económico funcional, de que están creando empleos al por mayor y abatiendo el desempleo a pasos agigantados (aunque los desempleados se multipliquen como conejos o cucarachas), de que propician el crecimiento y el desarrollo económicos que, a largo plazo (tal vez dentro de dos mil quinientos años), van a mejorar los niveles de vida de una población que, en realidad, no tiene qué comer (debido al desempleo o a sus degradados, miserables o inexistentes salarios), de que son demócratas o republicanos (no sé si a la manera inglesa, congoleña, cubana o coreana, o a la de Stendhal que, aun cuando era partidario del régimen republicano, a diferencia de Tocqueville despreciaba el republicanismo norteamericano porque prefería pedir un favor al ministro del interior que al tendero de la esquina), de que son justos (porque roban menos de lo que podrían robar, o ya no pueden robar tanto como quisieran), y de que están logrando el bienestar para esas familias de empobrecidos mexicanos en las que el padre sueña con ser ciudadano norteamericano de tercera, la madre y las hijas se prostituyen mientras tanto y los hijos se convierten en delincuentes o, es igual, en empleados públicos, policías judiciales o narcotraficantes.

Para seguir viviendo tenemos que decirnos la verdad a nosotros mismos (y a los otros, que no nos son ajenos, aun cuando así los hayamos tratado por ser indios, mestizos, mulatos o criollos), y a todos aquellos que están cerca de nosotros, o están condenados a la exclusión en la lucha por la existencia, que es a fin de cuentas la sobrevivencia de un país y de un mundo cuyo destino parece incierto desde la pers-

JULIÁN MEZA

pectiva de lo que hoy se llama globalización, triunfo del libre mercado, crecimiento, desarrollo, progreso, modernidad o, ¡supremo mal gusto!, postmodernidad, sin que ninguno de estos conceptos defina con precisión lo que quiere decir.

¿De qué verdad se trata? Es obvio que se trata de aquella que surge de la observación directa de la vida de la gente que es feliz o que sufre; que padece escarnios en los microbuses y en el metro, o que viaja cómodamente, aunque sea constante presa del temor, en su BMW; que es asfixiada por la contaminación, o que con frecuencia respira otros aires en el extranjero; que carece de agua potable, o disfruta de una ducha y del lavado del coche durante media hora cada día; que come en restaurantes de pobres pelajes en donde el soberbio ayer ya no está presente, o va a aquéllos en donde prevalecen las selectas muestras del pasado de la abundancia modernizadora; que es torturada por el ruido, o se complace con el silencio entre paredes de corcho; que regatea y cada vez compra menos en los mercados y en los supermercados, o paga sin dignarse mirar la cuenta; que pide limosna, la da o la niega; que vende máscaras, o se las pone; que se disfraza de payaso o de expresidente y hace juegos malabares en las esquinas, o conduce el Mercedes Benz que la atropella; que ya no tiene recursos para que sus hijos vayan a la escuela, o los *dilapida* infructuosamente en la misma; que, sin éxito, solicita trabajo o, displicentemente, lo niega; que exige salarios menos miserables, o rehusa aumentarlos; que asalta y secuestra, o es asaltado y secuestrado, que asesina, o es asesinado, y que obviamente no existe en las estadísticas ni en otras cifras *geniales* que pretenden dar cuenta del incremento del empleo cuando las mayorías ingresan menos del salario mínimo, y eso en el mejor de los casos, porque nadie ignora cuántas personas sobreviven en México con cien, mil o diez mil veces menos que las ganancias de un neobanquero o el sueldo de un funcionario público o, peor aún, de *nuestros* ministros —llamados secretarios de Estado porque así se llaman en Estados Unidos.

Como buenos ingenuos, creemos que el desempleo es un mal necesario y pasajero que, por lo mismo, se extinguirá, tarde o temprano, gracias a las políticas de creación de empleos, artificialmente fabricadas

ANTES DE 14 Y DESPUÉS DE 89

por los políticos profesionales y sus asesores, o por sus ocurrentes sucesores: los economistas, que improvisan cuando quieren manifestar su acuerdo con un brillante modelo económico que sólo relativamente ha prosperado en países como Sudcorea o Chile (en donde el descontento social frente a la injusticia económica es permanente), sin decirnos a costa de qué y para qué. Basta con leer *El horror económico* de Viviane Forrester* para darnos cuenta de que el desempleo se ha instalado definitivamente entre nosotros, de que, dentro de los parámetros económicos, bursátiles y financieros que prevalecen, nunca será eliminado, y de que es hoy, en consecuencia, nuestro único horizonte —no sé si de civilización moderna, postmoderna o premoderna, pero lo mismo da.

Observado descarnadamente, el mundo es como un rompecabezas al que le faltan por lo menos una docena de piezas. Como dice Viviane Forrester, vivimos en un universo que ya no es aquel en que creíamos vivir. Imaginamos que el desempleo es un problema que resolverán *nuestros* políticos, de derecha, de centro o de izquierda, cuando ya no hay derecha, ni centro, ni izquierda, ni menos aún políticos, porque ya no hay Teleyrand, ni de Gaulle, ni el primer Roosevelt, ni Churchill, sino pobres enanos estragados por la más implacable ignominia y por otras infamias, elogiadas en los congresos locales, en los organismos internacionales y, sobre todo, en los medios de comunicación, para los que una gallina es un caballo, un asno un rinoceronte, Ortega y Gasset dos filósofos y un político una divinidad o un alga, que sin lugar a dudas habla en inglés.

El desempleo se ha convertido en una forma o, peor aún, una subforma de vida, y nadie podrá resolverlo y volver realidad el supuesto bienestar que aparentan estar creando los improvisados micro y macropolíticos antes, durante y después de sus arrabaleras campañas electorales, que no conducen al soñado paraíso de la modernidad, sino al infierno de la especulación financiera, monetaria y bancaria que prevalece y que no parece hallar límite. Todos *nuestros* políticos nos pro-

* 1997, Buenos Aires, F.C.E.

JULIÁN MEZA

meterán eternamente que acabarán con el desempleo, pero en realidad ninguno será capaz de disminuirlo, y mejor que nadie lo saben *ellos*. En consecuencia, cuando les creemos sólo desempeñamos el papel de pobres brutos que hipotecan su vida a la política electorera y a la ausencia de porvenir. Tal vez vivimos en el umbral de algo semejante a lo que se vivía antes de 1914, 1929 y 1939, pero, ¡es increíble!, más que nunca nos resistimos a darnos cuenta de esa amenaza. Panglossianamente creemos vivir en el mejor de los mundos posibles, pero la verdad es que nos encontramos dentro de un moderno campo de concentración, cuyas alambradas son los artificiosos saberes especializados de los expertos que producen, mediante el endeudamiento, el ahorro forzoso, los bajos salarios y la creación acelerada de la miseria, la ruina económica de la mayor parte de la población, mientras que hablan indistintamente, con todo el cinismo de que son capaces, de recuperación económica, crecimiento y desarrollo. En este neocampo de concentración las torres de vigilancia y los reflectores son las renovadas inseguridades, los novedosos peligros, las multiplicadas violaciones, los truculentos crímenes, los asaltos no clasificados, los sofisticados secuestros y, para colmo, los purulentos microbuses. Y los perros guardianes del neocampo son los guardaespaldas extraídos del hampa (en el mejor de los casos), los policías militarizados, los narcotraficantes con patente de corso y los improvisados políticos que recuerdan a la cocinera imaginada por Lenin al frente del Estado en su peculiar delirio populista. Dada la ausencia de estadistas, el populacho politiquero, mafioso y financiero es el rey, y la ley. Sin lugar a dudas, vivimos en un mundo modelado por la mentira y sus devotos creyentes o comparsas.

Frente a la mentira sólo queda la posibilidad, entonces, de decir la verdad, aun a riesgo de equivocarnos, pues decir la verdad no siempre es fácil, pero tampoco es imposible. No se pelea contra la mentira con la mentira, de la misma manera que no se combate el crimen asesinando. Dentro del contexto actual, una de las formas de decir la verdad es no prometer lo imposible. Es, en otras palabras, no prometer acabar con el desempleo cuando se condenan a muerte a las pequeñas y medianas empresas; no prometer una distribución menos inequitativa del

ANTES DE 14 Y DESPUÉS DE 89

ingreso cuando sólo se favorece a los poderes industriales, empresariales, comerciales, bancarios y financieros; no prometer mejores niveles de vida para mayorías condenadas a la inanición; no prometer el bienestar a familias hambrientas; no prometer la distribución de una riqueza que es sólo de unos cuantos; no prometer el pleno empleo a todos los aspirantes a ser ciudadanos norteamericanos de tercera; no prometer, pues, sino imaginar, pensar y actuar, pese a los designios de los poderosos, desde una perspectiva contraria a la realidad impuesta por el presente fabricado por un utilitarismo más agresivo que el filisteísmo del siglo XIX. ¿Cuál es esta perspectiva? No es, ciertamente, la que postuló, con demasiado optimismo, la edad de la razón (ya clausurada), ni la que cándidamente creyó inventar el siglo de las luces (ya archivado). Tampoco es la del progreso, fundada en la productividad, la eficiencia, el crecimiento, el desarrollo, la utilidad marginal y las ventajas comparativas que, al menos en México, son poco menos que evidentes y no se anuncian como real posibilidad (el petróleo es una relativa riqueza del pasado y el porvenir no es el uranio en un país clausurado por sinrazones de deuda pública y privada). Ni, por supuesto, la de una modernidad a fin de cuentas inventada o, en el mejor de los casos, fracasada. La única perspectiva es, por lo tanto, la de las personas que exijan e impongan ser tratadas como tales. En pocas palabras, la perspectiva del sentido común, que los politicastros, los tecnócratas disfrazados de expertos en todologías y naderías, las mafias, las lavanderas del dinero sucio y sus devotos feligreses consideran, parapetados tras los medios de comunicación, nociva para sus privados e ilimitados intereses y beneficios económicos. El demonio de la voracidad prevalece en México, al igual que en casi todo el planeta, pero no se puede aspirar a que sea eliminado por su sórdida contraparte revolucionaria o terrorista (encapuchada en la selva de Chiapas, de Guerrero, o del país Vasco, de Irlanda del Norte, o del Medio Oriente), sino mediante, por ejemplo, el ejercicio del sindicalismo real (ajeno por completo al practicado por el extinto Fidel Velázquez y sus numerosos secuaces, totalmente ajeno a los triunfos del verdadero sindicalismo, que conquistó la jornada laboral de ocho horas y, más tar-

JULIÁN MEZA

de, de cinco días de trabajo a la semana; que impuso el respeto al trabajo de los pequeños y medianos agricultores —fuera de México, por supuesto—; que hizo aprobar leyes mediante las cuales impidió la contratación de niños en las fábricas e incorporó a la mujer dignamente al trabajo —aunque no fue, ni es así, en México—; que modificó las relaciones obrero-patronales para hacer de las personas personas e impedir que el producto de su trabajo sólo beneficiara a los propietarios y a los administradores públicos y privados que viven al margen de la ley; que impidió la ganancia desmesurada —no en México—; que contribuyó a hacer posible la democracia que no tiene miedo a ser democrática, y que logró la instauración de una paz social que no es ni la paz del orden y el progreso autoritarios y neautoritarios, ni la de los encapuchados que exigen justicia con ametralladoras en las manos, sino la que nos sugiere ese viejo sentido común tan pregonado por Descartes, por cierta edad de la razón y por algunos de sus ilustrados sucesores, que para nuestra desgracia nunca han proliferado en nuestras latitudes.

20

La historia de México está hecha, ciertamente, de campanadas y campanazos, populares y palaciegos; también está hecha de héroes y de fechas cuyos nombres y números están inscritos en bronce en nuestras cámaras y en nuestras avenidas. En nombres pomposos y cincelados números en las nóminas también se han convertido, para nuestra desgracia, no pocos de los historiadores que denunciaron las mentiras de la historia oficial. Esta historia también está hecha, a fin de cuentas, por los que abandonaron la reflexión y la crítica, gracias al poder de las famosas treinta monedas de oro (hoy convertidas en rigurosos dólares), y fueron filantrópicamente acogidos por las Secretarías de gobernación, hacienda y educación pública, entre otras, y sobre todo por el favor presidencial centralista, autoritario, paternalista y patrimonialista que los enriqueció y los convirtió en ángeles guardianes de la patria globalizada y posthistórica.

La *parresia* es un concepto creado por los griegos y pervertido por los romanos y sus sucesores. Volver a él seguramente no solucionará todos los problemas que enfrentan nuestras modernas sociedades, pero

ANTES DE 14 Y DESPUÉS DE 89

no deja de ser un punto de partida para recuperar sin mentiras nuestro pasado y reinventar nuestro presente. Pero además de la *parresia* está la *philia*, que designa, al mismo tiempo, el amor, la amistad, la camaradería, la hermandad, la fraternidad. Sin lugar a dudas, debido a la usura del tiempo hemos olvidado que esta palabra fue clave para los fundadores de Occidente. Vinculada con la *parresia*, la *philia* es la única posibilidad de vivir plenamente en pareja, en familia y en sociedad, y de crear en realidad un país y una nación, pues sólo así el extraño (que en México por regla general es el indio), del que prácticamente sólo hemos obtenido todas las ventajas (de acuerdo con el código individualista que lo convierte en enemigo, en bárbaro o, por lo menos, en inferior), o al que de plano hemos aniquilado (de acuerdo con el mismo código), dejará de ser el otro, el extraño, el rival, y se convertirá en mi semejante, en mi coterráneo, en mi compatriota, en mi igual. Volver a dar vida a esas dos palabras no es sólo, obviamente, una tarea de los griegos, de los italianos, de los cretenses o de los rusos actuales, sino de sus contemporáneos, que de muchas maneras somos nosotros, los mexicanos, aun cuando los modernizadores mientan al decir que podemos y debemos aspirar a convertirnos en descendientes de los anglosajones porque vivimos en un mundo gobernado por el individualismo pragmático y utilitarista y sus hipócritas valores puritanos. Si reflexionamos en torno a algunas de nuestras características esenciales (nuestra historia, nuestras creencias, nuestras obras de arte, nuestra lengua y nuestras creaciones, dentro de las cuales ocupa un lugar preponderante la gastronomía criolla) descubriremos que no somos descendientes ni de los *pilgrim-fathers* ni de los cazadores de búfalos; que nuestro futuro no es estar condenados a ingresar a una secta religiosa satánica; que no inventamos el *rock* ni lo hemos reinventado —pese a las inútiles pretensiones de Televisa—; que el inglés no es nuestro porvenir lingüístico —aun cuando es, sin lugar a dudas, un idioma muy útil—, y que no somos traficantes de *hot-cakes* o de *burritas*, ni menos aún sus más compulsivos consumidores. Frente al Destino Manifiesto, que sólo apunta al futuro de Estados Unidos, está el destino de un pasado de grandeza criolla que debería matizar en México

JULIÁN MEZA

ese futuro de cuestionable prosperidad anglosajona, cuya realidad actual sólo existe en los delirios de nuestros políticos —tecnócratas, dinosaurios, mojigatos o revolucionarios.

Tal vez sólo falte añadir a esos dos conceptos, la *parresia* y la *philia*, otro concepto, que permitió durante varios años la sobrevivencia del *ghetto* de Varsovia, de la misma manera que en el pasado permitió la sobrevivencia del pueblo judío: la resistencia pacífica, a la que ahora estamos obligados si no queremos desaparecer en el fondo de una revuelta social sin sentido, que es lo propio de la mayoría de las revoluciones, de las asonadas palaciegas, o del bisturí de la moderna razón que practica la autopsia en los seres vivos cuando, por razones de estado o de utilidad marginal, como hizo Margaret Thatcher, los convierte en cobayas.

El griego era, pese a su civilidad, un demócrata incivilizado, que despreciaba al extranjero, al otro, por considerarlo bárbaro o meteco. El demócrata civilizado en una sociedad como la mexicana sólo puede ser tal a condición de considerar al otro, que vive aquí, que es de aquí, como prójimo, como igual, desde el punto de vista fraternal y no utópicamente igualitario. De lo contrario su único futuro posible es el de la guerra y los genocidios, como ha ocurrido en Bosnia, el del integrista fundamentalista que amenaza con la ruina al Medio Oriente, el de las matanzas en Afganistán y en Camboya, el de las guerras tribales en África, el del terrorismo en Irlanda del Norte, Córcega y el país Vasco, o el de la impostura revolucionaria o gubernamental que prevalece en Chiapas, y esto en el mejor de los casos. Si no se quiere propiciar una vez más la rebelión de los caudillos marginados (= que están fuera del presupuesto y que dicen ser indios cuando son criollos, criollos cuando son mestizos, o mestizos cuando son indios) sólo quedan la *parresia*, la *philia* y la resistencia pacífica, que pueden ser la única posibilidad de sobrevivencia más allá del éxito económico y el prestigio social pregonados por una civilización que ha convertido el filisteísmo del siglo XIX en mera antigualla.

Más allá del contexto nacional, los *otros* no son nuestros enemigos, y sería un lamentable error considerarlos como tales, pero no debemos

ANTES DE 14 Y DESPUÉS DE 89

permitir que nos traten como inferiores ni, menos aún, como hacen nuestros políticos, comportarnos ante ellos como sus subordinados o, peor aún, sus edecanes. La *parresia*, la *philia* y la resistencia pacífica integran, en su conjunto, esa forma del saber vivir que es la dignidad. Es decir, el respeto a uno mismo, que es el fundamento para establecer las mejores relaciones posibles entre nosotros y con los otros. Contra estos conceptos, que no son sólo conceptos, sino una forma de vida, o una posible forma de vida, parece prevalecer, sin embargo, esa ley de la selva que se impuso en 14, en 29, y en 39, y que no deja de ser una amenaza para el mundo actual. No se trata, pues, de apostar a la lucha de la tribu contra otras tribus, sino a la coexistencia en el mundo tribal de una época globalizada que no anula etnias, culturas ni fronteras.